

GUSTAVO FORERO QUINTERO, ed. *Fronteras del crimen: globalización y literatura*. Medellín: Editorial Planeta, 2015. 260 pp. ISBN 978-958-42-4449-9.

La reciente publicación de *Fronteras del crimen: globalización y literatura* en Colombia se suma a los esfuerzos académicos que revisan el tema de “la frontera” en relación a los conceptos de legalidad y criminalidad. La recopilación se erige como un valioso mapeo sobre la globalidad del crimen. Gracias a una exposición de múltiples apreciaciones, el libro invita a una comparación entre diferentes espacios para así aclarar sus similitudes e influencias en el ámbito literario de nuestra época. Como producto emanado de la VIII Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín, este compendio encabezado por su editor Gustavo Forero Quintero, ofrece un sintético paseo por momentos determinantes en la construcción de la legalidad en Occidente. Esta consonancia permite la distinción del escenario globalizado –revelador de lo capitalista restrictivo– que atraviesa los once artículos de esta antología.

El primer artículo “Fronteras del crimen o crimen sin fronteras” de Mempo Giardinelli, cuestiona: ¿Qué pasa cuando el Estado, organismo que debiera ser normativo, se convierte en el epicentro del crimen? Para Giardinelli, esta pregunta es vital para entender el género negro contemporáneo y más precisamente el latinoamericano. Giardinelli invita a releer este género con la dimensión política que merece, pues en tal podemos encontrar marcos históricos opuestos y una indagación sobre nuestra identidad. Al recapacitar sobre la historia, Giardinelli valientemente afirma: la llamada “guerra sucia” en Argentina no fue para nada una guerra, sino un llano genocidio (35). En última instancia, el autor apela a que el verdadero crimen se encuentra en la violenta economía que genera millones de pobres.

En “¡Vuelven los terroristas!” de Hugo Chaparro Valderrama, se empieza dudando del término “civilización”. La condición de violencia global empuja a cierta indignación sobre nuestros fracasos como humanidad: “La muerte brutal no es patrimonio exclusivo de ninguna geografía” (47). El artículo de Chaparro Valderrama es exitoso al mostrar la relación entre las diferentes manifestaciones del terrorismo mundial y sus consecuencias a nivel individual y comunal.

La escritora alemana Gisa Klönne aporta un artículo que además de servir como una línea teórica para leer la ficción policial alemana contemporánea, también resulta útil para la literatura universal de crimen. Klönne admite la existencia de siete tipos específicos de “frontera”. Muerte y vida, realidad y ficción, bien y mal, democracia y dictadura, legalidad e ilegalidad, femenino y masculino, regional y global, son los siete pares que sirven a Klönne para la detección de fronteras que van más allá de lo geográfico y que son determinantes en la literatura de crímenes. De esta forma, el artículo se proyecta como una obligada referencia futura en la hermenéutica de este género.

Daniel Sorín en su ensayo, “Cuando el criminal es el Estado: asesinos en la Patagonia del siglo XIX”, regresa a enjuiciar al estado como auténtico criminal que proviene de un pasado de autoritarismo y genocidio. Sorín recapitula sobre el establecimiento de la “civilización” a partir de la “Guerra de la Triple Alianza” y la “Conquista del desierto”. Acierta en su citado de ejemplos ideológicos radicales, entre los que destaca Faustino Sarmiento con su cruel opinión sobre la eliminación de los indígenas: “su exterminio es providencial y útil” (87). Sorín termina asegurando que aquellos discursos civilizatorios deberían ser leídos como una fundamentación científica del robo a los nativos. Una premisa que es plausible por su severidad y sostenida argumentación.

Jorge Sánchez y Christian Vásquez, atienden el caso de la frontera entre México y E.U.A. a través de la novela *2666* del chileno Roberto Bolaño. Intentan resaltar el carácter desarraigado de las descripciones —frías y cercanas al reporte forense— de los cadáveres que van brotando tanto en el desierto como en la narrativa de Bolaño. Sánchez y Vásquez eficientemente exhiben los mecanismos en *2666* para narrar el horror. Aunque llama la atención la ausencia de Herman Herlinghaus en su bibliografía, quien anteriormente ha establecido la función de recuperación que tienen los discursos periodístico y forense en el abordaje del tema de los feminicidios por Bolaño, como una forma de memoria y jamás como un estrato de desarraigo. Sin duda un debate al cual acceden los autores desde su perspectiva.

Gustavo Forero Quintero cierra la primera parte del libro con una revisión de la novela *De paso*, del mexicano Paco Ignacio Taibo II. Forero Quintero encuentra en la errancia del protagonista Sebastián San Vicente, otra faceta del anarquismo de Taibo. Así, Forero Quintero explica que los actantes pueden encarnar la utopía de un mundo sin fronteras: una errancia. La mayor virtud del artículo radica en la aplicación de su propia teoría de la anomia, que llevará al autor a una grata defensa de la congruencia política de Taibo y su militancia en la izquierda mexicana.

Shelley Godsland inicia la discusión sobre la inestable vigencia de los géneros literarios en la modernidad frente a la incursión y validez de otros tipos de expresiones en los medios electrónicos. A partir del análisis de lo expresado por Jaqueline Franco Barnes en su blog, se efectúa una defensa de los medios alternativos para dar voz al subalterno. Godsland entiende a los escritos de Franco Barnes bajo la categoría de testimonio, articulando otro desafío al canon. A la par, el ensayo hace conciencia sobre lo terrible de la violencia de género, pues nos explica que en su blog Franco Barnes relata las dos décadas de abuso a manos de su esposo, en un ejemplar combate al mutismo. El artículo —en un estimable paso hacia el empoderamiento de la víctima— comprueba que una de las fronteras más agresivas se sitúa entre lo doméstico y lo público, y por tanto también en el desafío del silencio.

Mallory N. Craig-Kuhn, increpa también a la sociedad anómica a través de su análisis de la novela *Kryptonita* del argentino Leonardo Oyola. Craig-Kuhn valora la

cohesiva mezcla genérica de la novela, por lo que deroga tres referencias: la novela de crímenes, el Western y el subgénero de superhéroes. El conocimiento de Craig-Kuhn sobre el universo ficticio de DC comics sirve para enlistar un índice de personajes y explicar el humor, descubriendo los niveles paródicos de *Kryptonita*. Concluye con énfasis sobre las urgencias comunitarias en Buenos Aires, la situación de las villas y los servicios de salud precarios.

Ezequiel De Rosso, aporta uno de los artículos más sapientes de la antología, pues a través del análisis comparativo entre las novelas *Sueños de frontera* de Paco Ignacio Taibo II y *Balas de plata* de Elmer Mendoza, genera una serie de hipótesis sobre la “narcoliteratura”. La tesis del autor explora el vínculo entre el género policial y la narconovela, ayudando a la aceptación de la ficción mexicana contemporánea como una respuesta a la crisis de gobernabilidad. Concluye este estudio con una premisa memorable: los finales narrativos de ese subgénero que el autor llama “narcopolicial”, suelen terminar sin verdades absolutas, enfatizando deliberadamente los efectos de excepcionalidad.

Por su parte, Élmer Mendoza realiza un paneo sintético de la diversidad de la literatura mexicana de frontera. Mendoza afirma que esta producción literaria enriquece las letras mexicanas, por lo que debiera ser considerada como “un hecho estético que ha reforzado la identidad de una región” (217). Mendoza brinda una guía de autores y obras representativas; se trata de una lista inclusiva, a la que acaso se le podrá reprochar alguna ausencia—cómo la de Luis Humberto Crosthwaite—, pero que no busca cerrar el diálogo sino abrirlo. Mendoza ofrece comentarios sucintos, dignos de la prosa maestra a la que nos tiene acostumbrados, detectando siempre lo valioso de cada aportación. Finalmente, la conclusión que tributa a Cristina Rivera Garza resalta que si ya existe una identidad literaria en la frontera mexicana, es gracias a lo social del lenguaje.

Shelley Godsland participa nuevamente en la antología con una entrevista a la escritora alemana Gisa Klönne. El diálogo inicia pronunciándose sobre las limitaciones patriarcales en lo que atañe, principalmente, los mecanismos para la construcción de personajes femeninos con agencia. Se agradece finalmente que la entrevista ofrezca una valiosa reflexión sobre la participación de la mujer en el ámbito literario: la adaptación del trabajo narrativo a ciertas reglas no significa renunciar a una ideología feminista.

El compendio que afianza *Fronteras del crimen: globalización y literatura* luce un sobrio trabajo editorial. Desde el prólogo, Forero Quintero avisaba que los aportes buscarían cruzar los límites, y, por lo menos desde la letra, desafiar las fronteras. Esta es una promesa que se cumple con creces. Indudablemente el objetivo perseguido a lo largo de la antología por generar acercamientos sobre cómo se relacionan los conceptos de “crimen” y “frontera”, se logra cabalmente. A su vez, estos mismos tópicos sirven para entender las inseguridades locales y las consecuentes manifestaciones culturales que provocan. Es alto el mérito de Forero Quintero y sus colaboradores, al coincidir en

señalar como omniscientes culpables de la insalubridad fronteriza a las presiones del “primer mundo” sobre el denominado “tercer mundo”. La colección “Medellín Negro”, continúa con buen paso su labor informativa sobre la violencia en Latinoamérica y el mundo, demostrando en este volumen que la discusión aún no se agota.

Jesús Eduardo Morales Hernández  
*University of Pittsburgh*

---

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ. *Amado Nervo y las lectoras del Modernismo*. Madrid: Verbum, 2015. 254 pp. ISBN: 978-84-9074-146-7.

José María Martínez, editor entre otras obras de la excelente edición comentada de *Cantos de vida y esperanza* (Cátedra, 2002), recopila en este volumen una selección de artículos académicos publicados en revistas entre 2001 y 2012 y materiales inéditos hasta la fecha sobre diversos temas del modernismo. El libro consta de tres secciones independientes: 1) una introducción crítica a la poesía de Amado Nervo; 2) tres ensayos sobre la dimensión transatlántica del modernismo; 3) y una colección de ensayos sobre el público lector femenino del modernismo. La amalgama de temas tan diversos dista de ser armoniosa. “Acomodar todo ello de forma orgánica no ha sido fácil,” reconoce el propio Martínez en la introducción, “y es posible que alguna vez se noten las costuras que unen todos esos componentes” (15). Las costuras en cuestión comprometen la unidad del libro como proyecto intelectual armonioso. Resulta particularmente desconcertante encontrar una sección titulada “Apéndice transatlántico” insertada arbitrariamente entre la primera y la segunda sección que dan título al volumen. El desconcierto que pueda producir en el lector las asimetrías de este “Centaurio de los géneros” (para emplear la formulación ya clásica de Alfonso Reyes) es compensada en parte en la tercera sección del volumen, en la cual Martínez desarrolla un análisis necesario y fructífero sobre la centralidad del público lector femenino en el modernismo –un tema que, inexplicablemente, no ha recibido hasta ahora la debida atención de la crítica–. En las reflexiones de Martínez sobre la lectora del modernismo, se cifra el verdadero valor crítico de este volumen. Por ello, en el resto de esta reseña, me centraré en esta sección del volumen.

A través de sendos ensayos sobre Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, y las poetisas postmodernistas, Martínez reflexiona sobre la recepción del